

**CUENTOS
POPULARES DE
LOS GITANOS
ESPAÑÓLES**

**Edición de
Javier Asensio García**

Biblioteca de Cuentos Populares Ediciones Siruela

I. La épica y los hombres valientes

1. Bernardo del Carpio

En la capital llamada Sevilla
donde el rey ocupaba su silla.
El mal se vaya y el bien se venga
y la comida de mañana que no se detenga,
que grama, cerrillo y lastón
son buen punto pa mi sermón,
y el zapato, bueno o malo,
es mejor pal pie que no pa la mano.

En los tiempos que reinaba Alfonso el Casto en León, el rey tenía una hermana que era la infanta doña Jimena, pretendida por dos de sus más nombrados caballeros, el conde de Honrubia y el conde de Saldaña. Un día se juntaron los dos e hicieron un trato para ver quién conseguía el corazón de la infanta. Le tocó primero al conde de Honrubia, que fue al jardín de doña Jimena con un ramo de flores y muchos regalos, convencido de que, como era más rico que el de Saldaña, iba a acceder a sus pretensiones.

–Buenas tardes, majestad.

–Buenas tardes, conde de Honrubia, ¿qué te trae por aquí?

–Vengo a pedirle la mano de casamiento.

Y le dijo:

–De eso nada. Ya te puedes ir por donde has venido.

Cada vez que se encontraban los dos condes, el de Honrubia no le decía nada al otro, hasta que el conde de Saldaña le preguntó:

–Oye, me dijiste que ibas a pedir a la hermana del rey palabra de casamiento. ¿Qué te dijo?

–¡Ah, conde de Saldaña, me ha dicho que no!

–Pues ahora voy a ir yo.

–Si a mí me ha dicho que no y soy más rico que tú, ¿a ti te va a decir que sí?

Al día siguiente fue camino del palacio del rey, y según iba andando cogía una rosa de cada jardín, y llegó donde la infanta y le pidió la mano:

–Buenas tardes, su majestad.

–Buenas tardes, conde de Saldaña, ¿qué te trae por aquí?

–Pues nada, vengo a pedirle la palabra de casamiento.

Y ella aceptó. Cuando se encontraron de nuevo los dos condes, Honrubia le preguntó al de Saldaña:

–¿Qué te ha dicho?

–Pues me ha dicho que sí y me voy a casar con ella.

Desde ese momento el conde de Honrubia se llenó de rabia y odio contra el conde de Saldaña, tanto que sobornó a la criada de la infanta para que le contase todo lo que ocurriera entre ellos.

Vengan tiempos y pasen tiempos que un día el conde de Saldaña subió por una puerta falsa y estuvo con doña Jimena toda la noche. Y a la mañana siguiente doña Jimena se lo contó todo a la criada. Pensaba que tenía gran amistad con ella pero la traicionó:

–¡Ay, doncella!

–¿Qué le pasa a su majestad?

–He pasado toda la noche con el conde de Saldaña.

–¡Quién como usted, con ese gran conde de Saldaña!

Ese mismo día se lo contó todo al conde de Honrubia:

–Esta noche ha estado el conde de Saldaña con doña Jimena, durmiendo toda la noche.

–Toma, cien pesos.

Al poco tiempo se quedó encinta. Y se lo volvió a confesar a su criada:

–Por aquella noche que estuve con el conde de Saldaña ahora estoy encinta.

–¡Hola, quién como usted, embarazada del gran conde de Saldaña!

Y fue y se lo volvió a contar todo al conde de Honrubia:

–La hermana del rey se ha quedado encinta.

–Toma, otros cien pesos. Y otros cien pesos doblados te daré el día que me avises de que va a dar a luz.

–Pues de acuerdo.

Pasó el tiempo, llegaron los nueve meses y la infanta se pone de parto. Llamaron a los médicos en oculto, para que no se enterara el rey, y avisaron al conde de Saldaña:

–Ven esta noche a por tu hijo para que lo críes a escondidas.

En las traseras del palacio estaba el conde esperando con su caballo mientras ella daba a luz. Pero la criada traidora fue donde el conde de Honrubia a avisarle:

–Dame los cien pesos doblados porque ahora mismo está dando a luz.

El conde de Honrubia llegó donde el rey y le dijo:

–Su majestad, ¿qué le haría al conde de Saldaña si yo le dijera una frase mala de su hermana?

–Conde de Honrubia,
mira lo que vas a hacer
que como sea mentira
la cabeza te cortaré.

Toda la rabia que le tienes al conde de Saldaña es que doña Jimena se va a casar con él y no contigo.

–Dígame su majestad qué le haría.

–Pues atiende a las condiciones que yo te voy a poner ahora. La maldición que yo le eche al conde de Saldaña, como sea mentira lo que tú me digas, va a caer sobre tu espalda.

–Pues mire, su majestad, en este momento su hermana está dando a luz del conde de Saldaña.

–¡Qué!

–Como lo oye.

Montaron en los caballos, fueron al palacio y al llegar le estaban entregando el niño al conde de Saldaña. El rey le dijo al conde:

–Conde de Saldaña, ¿qué te trae por aquí?

Por unos instantes el conde de Saldaña estuvo pensando en qué mentira le podía contar al rey, y en ese momento el niño habló:

–Conde, ni mi propia sangre sabe tapar.

Y dijo el rey:

–No hace falta que me cuentes nada. Dale el niño que tienes en tus brazos al conde de Honrubia.

El de Saldaña obedeció pero dijo:

–No siento más que le entrego sangre de mis propias venas al enemigo más grande de este mundo.

Y dijo eso porque intuyó que era él quien lo había delatado. Una vez que se lo hubo entregado, el rey le dijo:–Conde de Saldaña, mañana ven a palacio para hablar conmigo.

Se llevaron al niño, lo bautizaron y le pusieron de nombre Bernardo.

El conde de Saldaña tardó en decidir si iba o no a hablar con el rey y en medio de las dudas se dijo: «Tengo que ir a hablar con él a todo trance. Al fin y al cabo sólo trataremos de algo natural, ella es una mujer y yo soy un hombre y puedo hacerme cargo de la situación».

Marchó al palacio del rey y, como buen caballero, pidió permiso para entrar:

–¿Puedo pasar?

–Adelante. Te estaba esperando.

El rey tenía una carta en sus manos y le dijo:

–Conde de Saldaña, toma esta carta y llévala al castillo de Irás y no volverás.

–Su majestad, ¿yo de mensajero?

–Más te conviene a ti que no a mí.

El conde de Saldaña pensó que era una carta que alguien tenía que firmar para que él pudiera casarse con la hermana del rey. Montó en el caballo, cogió la carta y salió de cara al castillo de Irás y no volverás. Cuando llevaba unas leguas andadas se le puso una niebla cerrada y oscura. Paró el caballo y dijo:

–Viva Dios, que parece que el conde de Saldaña se está metiendo por su pie dentro de la sepultura. Pero, ¿qué dirán si yo me vuelvo, que el conde de Saldaña se acobarda? De eso nada, ¡arre, caballo!

Siempre adelante y sin mirar atrás, cuanto más andaba más oscuridad se le ponía.

–Viva Dios que el conde de Saldaña no se acobarda.

Y llegó al castillo de Irás y no volverás. Pegó en la puerta y salió a recibirle el propio Carlomagno.

–¿Qué te trae por aquí, conde de Saldaña?

–Aquí le traigo una carta del rey.

Pasaron adentro, Carlomagno cogió la carta, la abrió y la leyó sin pronunciar palabra. Lo que la carta decía era:

–Sacarle los ojos en vivo y aprisionarlo con cadenas para toda la vida.

Entonces Carlomagno gritó a su gente:

—¡Cerrajeros, cerrad bien las puertas con trancas de hierro que el conde de Saldaña no sale más de ésta!

El conde de Saldaña pegó un salto atrás y desenvainó la espada:

—Dime, Carlomagno, ¿por quién vengo yo preso?

—Por mando de rey.

—¡Viva Dios que es por mando de rey, que si por valentía fuera

piedra por piedra el castillo deshiciera

con la punta de mi espada y fuera de él me saliera!

Partió la espada y la tiró, lo sujetaron a un sillón, le sacaron los ojos, lo llenaron de cadenas y lo metieron a una mazmorra. Atado con una cadena de pies y manos, una gota de agua del techo le caía en la cabeza.

Dicen que el caballo, al ver que su dueño no salía, soltó tres coces que se quedaron impresas en la muralla del castillo y se fue de allí como una furia.

A doña Jimena, su hermano el rey la metió en un convento de monjas. Pero dejemos estos castigos de los padres de Bernardo y vayamos con la historia del propio Bernardo. Vamos a ver que al niño lo estaba criando su tío el rey y venía muy adelantado porque cuando tenía seis años parecía que tenía doce y cuando jugaba con sus amigos hacían guerrillas y siempre salía alguno mal parado. Bernardo, con su espadita de madera, un día le rompía un brazo a uno, otro una pierna a otro. Todo eran desgracias para el rey:

—A ver, que su sobrino Bernardo le ha partido el brazo a mi hijo.

—Nada podemos hacer porque son niños.

Se echaba la mano al bolsillo y:

—Toma, para que te apañes con tu hijo.

Bernardo seguía con sus guerrillas. Elegía a tres o cuatro compañeros y en el otro bando se ponían ocho o diez y él solo liquidaba a todos. Un día le dio en el ojo al hijo del conde Martín Lupe y se lo saltó. Éste le llamó bastardo y Bernardo lo tomó en cuenta.

El rey hacía las labores de padre, y llegó un día en que Bernardo no se amilanó y le pidió que le contara toda la verdad, porque él ya sabía que no era su padre. Pero el rey le negaba la respuesta. Con este silencio y atreviéndose a pelear hasta con hombres curtidos, Bernardo llegó a los dieciocho años. El rey le había asignado a Bernardo un criado que se llamaba Monzón y un día le dice:

—Monzón, llévate a Bernardo al monte y pruébale las fuerzas que

tiene, que parece que tiene mucho poder para lo joven que es. Todo el mundo lo teme, no sabemos de dónde le puede venir tanta fuerza. Dile que vas a cazar y déjalo solo en el monte, si se lo comen las fieras no importa, no sufriré más los problemas que me está causando el muchacho.

–De acuerdo.

Fueron al monte y bien de mañana se pusieron a almorzar junto a una fuente. Después de almorzar, Monzón lo agarraba y le apretaba, Bernardo se dio cuenta y le dijo:

–No finjas, Monzón, sé que me estás probando las fuerzas, y mi fuerza y mi vigor no sabe Dios hasta dónde llegan.

–¡Pero si tú no eres más que un mocoso atrevido! ¿Hasta dónde crees que pueden llegar tu fuerza y tu vigor?

Entonces Bernardo le cogió del correaje y lo levantó en el aire:

–¡Ah, Monzón!, ya puedes dar gracias a que no reconozco por padre a otro sino a ti, porque, si no, ahora mismo te dejaba los sesos contra esa roca.

Se adentraron en medio del bosque y les salió un oso. Bernardo peleó con él y el oso huyó. A un tigre lo cortó en dos de una cuchillada. Y a un ciervo le cortó la cabeza. Entonces a Monzón le sobrecogió el terror y le dijo:

–Bernardito, Bernardito, que por las montañas venías,
a los osos sujetabas y a los tigres vencías,
al ciervo del monte, superando su ligereza,
le echaste mano a la pata y le cortaste la cabeza.
¡Bernardo!

–¡Monzón!

–Tú sin espada no puedes estar. Ve donde el conde de Honrubia y dile que te ciña la espuela, y ve con tu tío el rey que te ponga la espada, y jura que quieres ser caballero de la mesa redonda.

Entonces Bernardo comprendió que por sus venas corría sangre real. Bernardo llegó donde estaba el conde de Honrubia y le dijo:

–Conde de Honrubia, tú me vas a ceñir la espuela. Y mi tío el rey me va a ceñir la espada. Y juro que voy a ser mozo de mesa redonda.

–¡Tú!, ¡bastardo y mal nacido!, ¿mozo de mesa redonda? Yo no te ciño la espuela.

En ese momento llegó el rey, que ya se había enterado por Monzón de la fuerza que atesoraba su sobrino.

–Tío, el conde de Honrubia no quiere ceñirme la espuela y me ha llamado mal nacido.

Y el rey le dijo a Honrubia:

–Bernardo no es ningún mal nacido, Bernardo es de gran sanguinidad y al conde de Honrubia no lo necesita para nada. Cíñele la espuela, yo le voy a ceñir la espada y desde este momento va a ser mozo de mesa redonda.

Y así lo nombraron caballero.

Un moro llamado Izagal rondaba a doña Jimena e iba a palacio con intención de hablar con el rey para pedirle la mano de su hermana. El rey no podía acceder a ello porque no era doncella, ya había dado a luz y no sabía qué contestarle. Entonces ideó mandar a Bernardo a luchar con el moro. Todos los demás caballeros de la corte temían al moro porque tenía ganadas siete batallas. Por segunda vez, al rey no le importaba que Bernardo muriese en sus manos. Así que le dijo a su sobrino:

–¡Bernardo!

–¿Qué, tío?

–Sal y dale la respuesta al moro.

Salió Bernardo en su busca, lo encontró en una pequeña guarnición, le agarró del correa y lo levantó en el aire:

–Mira, Izagal, ve y dile al perro de tu rey que ni tu sangre ni la suya igualan con la nuestra.

Lo soltó y lo dejó caer por una ventana. Entonces el otro le contestó:

–¡Ay de ti, Bernardo, si al Carpio vienes!

–¡Ah, Izagal, te juro por mi nombre que al Carpio iré!

Cuando volvió donde su tío, le contó lo sucedido y, una vez más, éste comprobó la fuerza que tenía Bernardo. En ese momento pensó nombrarle heredero de sus bienes pero no de su reinado:

–Mira, Bernardo, ahora que estamos de buenas voy a decirte unas palabras que conciernen a mi futuro y al tuyo. Vas a ser heredero de todo lo que tengo, pero quiero que sepas que tu primo Bermúdez va a ser el heredero de cetro y corona.

Entonces Bernardo le torció la palabra al rey diciéndole:

–Tío, sobrino por sobrino, ¿quién es antes que yo? Usted no debería preocuparse por el futuro. Cuando fenezca, el que más manos tenga la corona se pondrá.

El rey se sintió ofendido con estas palabras y en un ataque de ira le dijo:

–¡Borde, bastardo, mal nacido!, aun criándote yo, no te puedo querer bien.

–¡Ah! ¡Así que el otro día Bernardo era de gran sanguinidad y hoy soy un borde, un bastardo y un mal nacido!

Bastardo me dice el rey siendo hijo de su hermana,
si no fueras tú quien eres la cabeza te cortaba.
Pues ¡viva Dios que Bernardo padre y madre ha de tener,
que hijo de una montaña eso no puede ser!

»¡Monzón, apareja tu caballo y el mío que nos vamos al Carpio! –le dijo Bernardo a su escudero.

Mientras Monzón aparejaba los caballos, Bernardo fue primero a las cuadras del rey. Había veinte caballos y de los veinte le mató dieciocho, por la rabia de no poder matar a su tío.

Y le dijo a Monzón:

–Arrea al caballo y vámonos.

Cuando llegaron al Carpio le dijo:

–Monzón, entra en la cámara donde está el moro Izagal y dile que ha venido un guerrero desterrado de Granada a medirse las fuerzas con él. No le digas que soy yo, que si sabe que soy Bernardo no sale.

Entró Monzón en la cámara donde estaba el moro Izagal jugando al juego de la baraja con tres compañeros y le dijo:

–¿Izagal?

–Monzón. ¿Qué ocurre para venir a estas horas?

–Ahí fuera le está esperando un guerrero que viene desterrado de las tierras de Granada a medirse las fuerzas con usted.

–Pues dile que ahora mismo voy.

Se preparó, salió montado en el caballo y se encontró con Bernardo. Al verlo le entró gran cólera y le dijo a Bernardo:

–¡Ah, Bernardo, vete y goza de tus tiernos años que yo también voy a gozar, y seré embajador del Carpio ante tu rey!

–No, Izagal, yo he venido a por ti y no me voy del Carpio si no me llevo tu cabeza atada a la cola de mi caballo.

Desenvainaron y con un par de espadaos le cortó la cabeza al moro. Llamó a Monzón y le dijo:

–Monzón, ata esa cabeza a la cola de tu caballo y tira por todo el Carpio diciendo: Muera esta perra canalla, viva el nombre del rey don Alfonso el Casto.